Cuando seas feliz, golpea tú primero
Quan siguis feliç, ataca tu primer
Tatiana Țîbuleac

Traducción de Marian Ochoa / Corina Oproae
Impedimenta / Amsterdam
264 / 288 páginas. 21,50 euros



Historia de un desengaño compartido

Tatiana Țîbuleac escribe sobre las promesas incumplidas en 'Cuando seas feliz, golpea tú primero'

ANNA MARIA IGLESIA

«Te he querido, Aleksy, te he querido como he podido», le confesaba su madre en los últimos días de aquel verano pasado en Francia. Estas palabras, en las que se mezclan culpa, resignación y deseo de perdón, dirigidas al protagonista de *El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes*, resuenan en parte en las páginas de la nueva novela de Tatiana Țîbuleac (Chisináu, Moldavia, 1978), *Cuando seas feliz, golpea tú primero:* a Mila, su padre, también la quiere, pero como puede. «No digo que mi padre no me quisiera. Solo digo que me habría querido más si entre nosotros no hubiera habido malentendidos. Si yo no hubiera sido una mujer, sino un libro», reflexiona Mila, muchos años después, desde París.

Ha pasado mucho tiempo desde que dejó Moldavia, siguiendo a sus amigos Maliky Ella, para instalarse en la capital francesa, donde mal sobrevive cuidando niños y limpiando. «Había crecido convencida de que, si estudias, si vas a la universidad y eres una persona íntegra, es imposible no salir adelante en la vida». Sin embargo, la vida terminó demostrándole todo lo contrario.

El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes y *Cuando seas feliz, golpea tú primero* conforman una especie de díptico: si la primera obra tiene como figura central a la madre, esta última tiene al padre. En ambos casos, el recuerdo es el motor narrativo: en la anterior novela, un hijo recuerda ese verano pasado en Francia y, a partir de ahí, reconstruye la relación con su madre, marcada por la muerte de su hermano; en esta, Mila reconstruye su relación con su padre, marcada en parte por la muerte de su madre, cuando era tan solo una niña.

El diálogo de estas dos grandes novelas, sin embargo, va más allá de la figura de los progenitores, porque ambas intentan, partiendo de una historia personal e íntima, retratar una sociedad, un tiempo y unas generaciones concretas, la de los padres y la de los hijos. El padre de Mila es, como lo eran también el padre de Aleksy y muchos de los hombres moldavos de aquella generación, alguien con graves problemas de alcoholemia, machista y, por momentos, violento. Al mismo tiempo, era un hombre de férreos principios: «Estaba terriblemente ocupado. Las reuniones del Frente Popular. El trabajo. Las borracheras. Estaba en todas partes, luchaba por todo. Por la len-

Cuentos que no son para niños

En los 'Cuentos completos' de los Hermanos Grimm editados por Páginas de Espuma hay antiguas historias que nos sorprenderán

JUAN GAITÁN

Ha sido una feliz idea que la editorial Páginas de Espuma haya decidido recoger en un solo volumen los cuentos de los hermanos Grimm en una edición que cuenta con la traducción de Alberto Gordo, el prólogo de Andrés Seoane y las ilustraciones de Arturo Garrido. Los cuentos de los hermanos Grimm no son, como sabemos, «de los hermanos Grimm» en el sentido de autoría, de ser los creadores. La inmensa mayoría de sus cuentos no son suyos, no les pertenecen. Sí son, sin duda, los más célebres recopiladores, pero no solo eso. Como señala Seoane en el prólogo, «escucharon, reunieron, compararon, ordenaron, corrigieron y reescribieron un inmenso caudal de narraciones populares en un momento en que nadie podía prever la influencia que acabarían ejerciendo sobre la literatura universal» (página 17).

También señala el autor del prólogo la existencia de una «imagen ineludible»: la del bosque. El bosque desempeña un papel de vital importancia en los



Los hermanos Grimm

Los tres demiurgos

Rui Couceiro aborda con extraña levedad y espléndido empleo de los recursos narrativos el paso del tiempo en 'Baiôa sin fecha de muerte', una novela ambiciosa en su forma y resonante en sus temas

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Entre las múltiples virtudes de *Baiôa sin fecha de muerte*, la primera novela de Rui Couceiro (Oporto, 1984), quizá la más relevante sea la extraña, por momentos mágica levedad, que constela un texto por otra parte muy ambicioso en su forma y resonante en sus temas. Esa levedad, que nos conduce a una lectura grata y delicada, y que fluye como el asunto central de la ficción a examen (vale decir: el paso del tiempo), regala una satisfacción añadida al empuje de una escritura de muchos quilates y a un espléndido empleo de los recursos narrativos: desde la metaficción cervantina hasta una suerte de naturalismo de insobornable acento portugués.

La coartada que articula la narración es simple. En el pueblo de los abuelos del narrador, ubicado en el Alentejo, y que responde al delicioso nombre de Gorda-e-Feia, un vecino, Joaquim Baiôa, parece empeñado en rescatar de la intemperie las diversas casas del lugar, en su mayoría deshabitadas y condenadas al abandono.

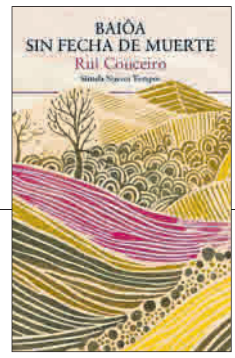
El propósito de Baiôa, tan heroico como desmesurado, una especie de brindis al sol de la dignidad, conduce al narrador, un joven adicto al móvil, docente frustrado por la burocracia e insomne irredento, a un exilio autoimpuesto

Una ficción de espléndida envergadura que establece una conversación con obras del calibre de 'Pedro Páramo', de Juan Rulfo, y 'El espíritu áspero', de Gonzalo Hidalgo Bayal



Cuentos completos
Hermanos Grimm

Traducción de Alberto Gordo
Páginas de Espuma
1.152 páginas. 44 euros



Baiôa sin fecha de muerte
Rui Couceiro

Traducción de Antonio Jiménez Morato
Siruela
456 páginas. 24,95 euros

gua, por la unificación con Rumanía, por las reediciones, las reestructuraciones, las rehabilitaciones. Mientras él y sus amigos luchaban, otros, más listos, decidían. El tiempo demostró que la segunda opción era la mejor, porque decidir requiere una simple elección, mientras que luchar implica un credo». Pero el credo termina dando paso a la frustración: creer, querer, luchar, ¿para qué?

A la madre de Mila le pasó algo similar, quiso ser actriz, bailarina y fotógrafa, pero no pudo: «Cuando hablaba de lo que habría podido llegar a ser si no se hubiera quedado embarazada, mi madre resplandecía», recuerda Mila, cuya vida no se diferencia tanto de la de sus progenitores; como su padre, el alcohol se convertirá en un problema y, como su madre, su vida estará marcada por no poder llegar a ser.

Ţîbuleac retrata la sociedad moldava de los 90 y, al mismo tiempo, esa generación anterior que confió en la cultura y que, sin embargo, se vio arrastrada a la miseria y vio a sus hijos exiliarse para hallar únicamente otra forma de miseria: «de los inmigrantes que he conocido en París, los más felices son los que vinieron aquí por dinero», escribe Mila, que huye de un país donde la corrupción lo envuelve todo, donde la línea que separa lo legal de lo ilegal se difumina en un sálvese quien pueda. Pero fuera parece ser todavía peor y, de hecho, llega a preguntarse si, a pesar de todo, no le hubiera ido mejor quedándose.


Tatiana Ţîbuleac

MANU MITRU

Los libros, que el padre sigue custodiando y recogiendo cuando los encuentra abandonados por la calle, se convierten en símbolo de aquello que se intentó salvar, pero se perdió. «Creía en las plantas y en los cardiólogos, en la escritura y en la lectura, pero mi padre creía sobre todo en los amigos», recuerda Mila. Su memoria empieza a fallar y pronto ni siquiera le quedará esto a la protagonista de esta gran novela sobre la decadencia y el desengaño, sobre la imposibilidad de seguir creyendo cuando ninguna promesa se ha llegado a cumplir.

cuentos. Algunas sólidas teorías sobre la aparición del cuento, de la narración, en la historia de la humanidad señalan que estos surgieron cuando abandonamos el bosque y comenzamos una vida más sedentaria en terreno abierto, transformándolo en campos de labor y constituyendo las primeras comunidades. De ahí que el bosque empiece a ser el elemento oscuro al que se advierte a los niños que no deben adentrarse o en el que deben internarse con mucha precaución. En el bosque dejamos al animal; en tierra abierta somos humanos. Si volvemos al bosque, volvemos a lo animal, al peligro. Entrar en el bosque acaba siendo una transformación: no se regresa igual. Quien vuelve ya es otro, adulto (de ahí que la boda sea el final natural del cuento). El filósofo rumano Mircea Eliade ya se preguntaba si el cuento folclórico no se había convertido, en nuestros días, en doblete fácil del mito y del rito iniciáticos; si no era su función la de «reactualizar, a nivel de lo imaginario y de lo onírico, las pruebas iniciáticas». Y es que lo que los cuentos narran ocurría en otra época, en aquella en la que, llegados a cierta edad, los chicos eran separados de la familia y llevados al bosque (Pulgarcito, Hansel y Gretel, Blancanieves…), donde se los sometía a pruebas difíciles, entre ellas, la de la propia supervivencia.

En el volumen, magníficamente editado, como es costumbre en esta editorial, recuperamos historias muy conocidas (aunque la mayoría no las hemos oído jamás y son un gran descubrimiento) y nos asombramos al ver que, acaso, no las conocíamos tan bien como nos parecía. Quien se adentre en este volumen encontrará versiones que difieren de las que viven en su memoria, como podrá pasarle, concretamente, con la versión de *Cenicienta*, muy diferente de la edulcoradísima versión que nos ofreció la factoría Disney.

Es preciso aquí señalar un detalle. Encontraremos algunas dosis de crueldad, violencia y sexo en muchos cuentos. Debemos tener siempre en mente que estas historias, en origen, no eran literatura infantil. Lo que originariamente los hermanos Grimm titularon *Cuentos de la infancia* y del hogar no fueron concebidos como historias para niños, pues, en realidad, a comienzos del siglo XIX los niños quedaban excluidos de la literatura y nadie pensaba en escribir para ellos. Fue un largo proceso, ajeno sin duda a la voluntad de los autores, el que llevó estas historias al ámbito infantil, para lo que fue necesario un proceso de dulcificación. Por lo demás, el libro es delicioso. Encontramos en él casi doscientos cincuenta cuentos entre los que hay relatos mágicos, humorísticos, de animales, religiosos e incluso algunos con un cierto toque surrealista.

Aunque la lectura secuencial puede producir un cierto cansancio por la monotonía estilística, en el libro hay fragmentos de gran belleza literaria, como este del cuento de la Bella Durmiente: «… y este sueño se extendió por todo el palacio: el rey y la reina, que acababan de llegar y habían entrado en el salón, fueron quedándose dormidos y, con ellos, toda la corte. Los caballos se durmieron en el establo, los perros en el patio, las palomas en el tejado, las moscas en la pared e incluso el fuego, que chisporroteaba en el hogar, se aquietó y se durmió […] y el viento se detuvo y en los árboles que había delante del palacio ya no se movió una hojita más».

NEUSA AYRES


Rui Couceiro

cuyo objetivo es reconstruir una personalidad tan maltrecha como la casa del solar familiar.

El encuentro del narrador con Gorda-e-Feia sirve, así, como razón dialéctica desde la que articular un discurso entre opuestos: el tiempo lento del campo frente a la velocidad homicida de las ciudades; la soledad resonante de la naturaleza frente a la soledad vacua de los dispositivos tecnológicos; los valores de un epicureísmo sosegado frente a los dislates de un hedonismo tan anhelado como incapacitante.

En su encuentro con las raíces de su pasado, el narrador descubrirá que el presente de indicativo es un asunto de relatos premiosos, ocios peripatéticos y ensoñaciones alcohólicas, y no el Moloch apresurado del enjambre digital.

Couceiro ordena la novela mediante tres modelos de actividad, sirviéndose de otros tantos demiurgos para poblar un ecosistema de frágiles equilibrios. El primer demiurgo es el doctor Bártolo Proença de Melo, quien, tras estudiar exhaustivamente las costumbres de sus conciudadanos, ha sido capaz de conjeturar con asombrosa exactitud la fecha de muerte de sus paisanos en una especie de libro de las almas. Solo la fecha del deceso del segundo demiurgo, el albañil Joaquim Baiôa, ha permanecido ignorada en el memorando del doctor. El tercer demiurgo, obviamente, es el narrador, quien suma el poder fundante del relato a los logros de sus predecesores: el médico que estudia los cuerpos y el artesano que preserva el pasado salvando los lugares donde esos cuerpos habitaron.

La literatura, el demiurgo de demiurgos, obra de este modo, por gracia y mérito de Couceiro, el rescate tan noble como necesario de lo dicho y de lo hecho, de lo vivido y de lo temido, para construir una ficción de espléndida envergadura, divertida y humanísima, que establece una conversación con obras del calibre de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, o *El espíritu áspero*, de Gonzalo Hidalgo Bayal.